
PLATICA XVI.

DE LA INFALIBLE CERTIDUMBRE DE NUESTRA FÉ, Y EXTERIORES
ARGUMENTOS QUE LA CONFIRMAN.

*A 31 de Julio, dia de nuestro Padre San Ignacio,
año de 1696.*

Coronamos hoy la explicacion de la Fé, no solo porque acabamos de explicarla, que eso se llama coronar una obra en nuestra lengua; sino porque la acabamos en el dia de aquel que á la Fé le ganó tantos triunfos, que le puso tantas inmarcesibles coronas á la Católica Religion. Y si es bien corta la paga corresponder solo con una memoria agradecida á beneficios inponderables, no digo ahora cuánto á mi glorioso Padre San Ignacio debe de beneficios la Iglesia toda, porque ni es hoy de mi profesion celebrarlos en panegirico, ni de mi lengua será nunca alcanzar la ponderacion de tan innumerables deudas: solo digo, que á San Ignacio debe la Iglesia Santa, debe el mundo, y las almas deben el Catecismo y explicacion de la Doctrina Cristiana; y con tanto cuidado de Ignacio, que al cuidado de este santo ministerio quiso que nos obligáramos los de su compañía con un especial voto.

Tal provecho de las almas reconoció por origen la explicacion de la Doctrina Cristiana, que olvidada ya por muchos siglos, mostraba bien lo perdido de las costumbres, cuántos eran los lastimosos daños de su ignorancia, cómo despues han experimentado en indecibles logros las almas, y cuántos son los provechos de esta Doctrina. Y si á San Ignacio debemos el Catecismo, razon será que tanta deuda se la paguemos hoy, siquiera con una agradecida memoria.

A Demetrio, porque con los aciertos de su gobierno les adelantó su República, no hallaron otra recompensa con que pagarle los atenienses, sino con erigirle otras tantas estatuas de bronce en Atenas, como tiene el año dias. Con trescientas sesenta y cinco estatuas, llenándole al año sus números, aun no les pareció que cumplian á la debida recompensa: no se contentaron con que en una estatua sola lo hallase siempre el tiempo permanente en la duracion; quisieron que cada dia en nueva estatua lo fuese hallando nuevo en la memoria; y por eso, para eternizarlo, á pesar de los tiempos, le fueron levantando estatuas á par de los dias. ¡Oh, Ignacio, Santísimo Padre mio! ¡Cuántas estatuas gloriosas te pudiera erigir la Fé, por lo que tan gloriosamente la defendió tu constancia, por lo que la ha extendido por todo el orbe tu celo, y por lo que tu fervor le ha adquirido de almas innumerables? ¡Cuántos padrones eternos pudiera levantarte la Iglesia por lo que promoviste de sagrado esplendor á su culto, de aseado aliño á sus altares, de uncion provechosa á sus Sermones, y de saludable frecuencia á sus Sacramentos? ¡Cuántos trofeos gloriosos te pudiera fijar toda la Cristiana República en sus edades toda, que á toda sirves

en todos sus estados, que á todos aprovechas en todas sus mejoradas costumbres, que todas las abrazó tu caridad, tu fervor y tu celo? Pocos eran, y muy pocos, los dias del año para contar tus padrones gloriosos: habrialos de numerar el agradecimiento, acá, por el número de los instantes que corresponden á tus Apostólicos ministerios; pero basta, que allá en el Cielo se cuentan por las eternidades que llenan tus glorias de triunfos. Y si mas no alcanza nuestro agradecimiento, ministre hoy la materia á tus glorias el Catecismo, y serás hoy el ejemplar de la Doctrina, de que tantas veces fuiste entre los niños el Maestro.

Ya, pues, lo mas realzado, lo mas supremo de la Fé, no está solo en que sin ver creamos, fáltanos todavía otro grado mas que subir, para que sea del todo cabal y perfecta nuestra Fé.—¿Otro grado mas? ¿Pues que mas hay que hacer que cerrar los ojos y sujetar nuestro entendimiento á creer todo aquello que Dios nos dice?—Yo lo diré: lo que hay mas es, que no solo hemos de cerrar los ojos para no querer ver con ellos los secretos y escondidos Misterios de nuestra Fé, si no que no viéndolos, los hemos de creer mas firmes, mas ciertos y mas seguros que si los viésemos. Eso nos enseña la pregunta que se sigue en el Catecismo: *¿Veis vos que sea Dios Trino y Uno, ó cómo es Jesucristo Dios y Hombre?* R. *No; mas creolo más que si lo viese.*—¿Más que si lo viese? ¿Cómo puede ser, Padre? pues no tenemos otro modo con que explicar una verdad, en que no tenemos ninguna duda, sino con decir: *Yo lo ví, yo lo ví*; esa es toda la seguridad, y esa toda la certidumbre con que creemos una verdad. *Doy fé*, dice el Escribano, cuando dá un testimonio de lo que vió, y esa es to-

da la fé humana. *Lo sé con evidencia*; esa es toda la ponderacion de la certidumbre.—Pues digo que toda esa seguridad, esa certidumbre y esa evidencia toda, es muy poca, muy falible y muy poco segura, respecto de la Fé Divina y sobrenatural que profesamos. Y así, hemos de creer sus soberanos Misterios y verdades, mas que si las viésemos.

Ahora, Fieles, quizá no fueran tantos nuestros engaños, si á todas veces no creyéramos á nuestros ojos. Estos nos informan muchas veces la verdad, no lo niego; pero ¿cuántas nos introducen el engaño? ¿Cuántas equivocados, ó con la distancia ó con la luz, ó con la apariencia, le fingen al alma colores? ¿Y cuántas tambien viciados, ó con la passion, ó con el afecto, tiñen de su color las cosas, y dejan en el que es tan mal mirado la culpa, y en el mal visto la deshonor? ¿No veis, no veis en el cuello de aquella paloma, qué colores tan varios, qué tornasoles tan vivos, ya azul, ya morado, ya oro? ¿Lo veis, lo veis? Pues todo eso es engaño: llegad mas de cerca y vereis que no hay color alguno de todos esos que se os representan tan varios. Así se engañan los ojos, y con ellos ¡qué de veces la intencion! Aquella, que porque la veis galana os parece que busca la ofensa, advertid, advertid que puede ser que sea una paloma. Mira aquella vara metida en el agua; qué torcida está, toda ella está doblada. Pues no son sino vuestros ojos los torcidos, que os engañan.—¿Cómo puede ser, si la estoy viendo? Torcida está, no hay duda.—¿Así? Pues sacadla: ¿veis cómo está derecha?—Sí que la estoy mirando.—Pues quedad tambien para la intencion advertido, que aquella vara que tantas veces por metida en las aguas os parece que no está muy recta, quizá no es sino vuestra intencion

la torcida. El Sol, el Sol, á quien deben los ojos la mitad de su vista, levantadlos á él: ¿cómo lo mirais? ¿cómo?—Allí se está parado sin moverse de un lugar.—¿Sin moverse? ¡Ah ojos ingratos! Pues mientras lo habeis estado mirando, ha corrido ese Sol millares de leguas. Así, aun con las mismas luces se engañan los ojos: mirad si con eso no se engañará la intencion, cuando juzgais parado y ocioso al que, quizá cumpliendo con sus obligaciones, no cesa en sus fatigas. Y ya, si con los mismos ojos estamos viendo cómo se engañan nuestros ojos, poco es cerrarlos del todo á nuestra Fé, para creer sus verdades; pues que éstas las hemos de creer mas que si las viesémos, porque si viéndolas podian nuestros ojos padecer algun engaño, creyéndolas por la Fé es imposible que el mas leve engaño tenga su certidumbre.

En la Capilla Real del Palacio de San Luis, Rey de Francia, para confundir á los Hereges de aquellos tiempos, apareció Nuestro Señor Jesucristo en una Hostia consagrada, patente á los ojos del cuerpo, en forma de un bellissimo Niño. Estuvo allí largo tiempo dejendose ver de cuantos querian. Corriendo acuden á San Luis, diciéndole: «Señor, Señor, venga V. Magestad á ver un gran prodigio; que en la Hostia está patente nuestro Dios en forma de un Niño hermosísimo.» ¿Y qué pensais que respondió el Santo á esta nueva? «Vaya á mirar á Cristo en esa Hostia, quien dude si está allí, que yo para mí estoy mucho mas cierto porque me lo dice la Iglesia, que lo estaré si lo viera con mis ojos.» ¡Oh, heroica Fé de un Santo Rey! Mas todavía, sin que el amor de hijo me engañe, pienso que fué mas sublime la de mi Padre San Ignacio. Repetidas veces decia,

que aunque no hubiera quedado en el mundo ni una letra sola de todas las Divinas Escrituras, aunque faltaran en lo escrito todas las verdades que Dios reveló en todas las Divinas Letras, él estaria pronto y firme, no solo en creer todas las verdades de nuestra Fé, sino que siempre que se ofreciese, daría por ellas la vida, solo por lo que Dios le habia manifestado en aquellas sus frecuentes revelaciones en Manresa. Tienen un sentido tan profundo estas palabras, que apenas puede el entendimiento alcanzar su fondo. Allí San Luis creyó mas á la Fé que á sus ojos: acto heroico; pero debido, porque los ojos pueden engañarse. Aquí Ignacio cree las verdades de la Fé, aun sin las Divinas Escrituras: acto el mas sublime, porque son las Divinas Escrituras la regla infalible de nuestra Fé. (Suar. *de Fide. D. 5. s. 3. n. 6.*) Pues tener una Fé que aun durará constante hasta la misma muerte, sin una regla tan infalible, es lo supremo á que puede llegar la Fé. Pues esa fué la Fé de S. Ignacio. S. Pablo le dice á su discípulo Timoteo: Ya desde niño sabes las Divinas Escrituras, y que éstas son las que te han de enseñar é instruir en las verdades de la Fé. *Ab infantia sacras litteras noti, que te possunt instruere ad salutem per Fidem.* (1. ad Tim. c. 3.) Mi Padre S. Pedro nos dice que toda la firmeza incontrastable de nuestra Fé, está en las Divinas Escrituras: (Petr. 19.) *Habemus firmiorem Prophelium sermonem.* Y sobre todo, Nuestro Señor Jesucristo, para persuadir á los Fariseos tercios á que creyeran sus eternas verdades, les dice por San Juan: Revolved las Escrituras, que ellas son las que dán el irrefragable testimonio de mi Divinidad. *Scrutamini Scripturas: illa enim testimonium perhibent di me.* (Joan. 5.) Ya, pues,

siendo las Divinas Escrituras las que nos enseñan las verdades de la Fé, las que le dán su eterna firmeza y certidumbre, las que dán testimonio de sus Misterios mas irrefragables, ¿cuál sería aquella Fé, que aunque le faltase esa seguridad de las Escrituras, esa certidumbre de todos sus divinos testimonios, ella se estaria todavía tan firme y tan constante en creer todas las virtudes de Dios que confiesa la Iglesia, y que por ellas daría la vida? No hay mas á que suba lo heróico de la Fé. Pues esa era la Fé de S. Ignacio. ¿Qué mucho, si lo puso Dios en su Iglesia para que hiciese frente por la verdadera Fé contra las mas sacrílegas furias de la heregía que vomitó el infierno en Lutero, Calvino, Melancton y otros perversos Heresiarcas? Bien habia menester Ignacio una Fé tan firme, tan realzada, tan heróica, para resistir valiente á tanto Herege, en Alemania, Flandes, Inglaterra y Francia: para dilatar la Religion Católica, por medio de sus Hijos, por todas las cuatro partes del mundo: para llenar la Iglesia y el Cielo de tantas almas que á la heróica Fé de Ignacio le deben el Bautismo.

Mas volvamos á la explicacion: De modo que sin ver hemos de creer las verdades de la Fé más que si las viésemos. ¿Pues por qué? pregunta el Catecismo: *¿Por qué lo creéis con esa certeza? R. Porque lo dice Dios y la Iglesia lo propone.* Así que, creemos con tan fija certeza, porque á quien creemos es no ménos que á Dios. Esa es la razon infinita que hace infalible nuestra Fé por todas partes, porque toda estriva en la verdad de Dios, pues que es Dios quien lo dice.—Ya estoy en eso, me dirá alguno, pero yo sé muy bien que tiene nuestra Fé muy claros, muy eficaces y muy fuertes argumentos fuera de ese: ¿luego no es esta sola la ra-

zon de nuestra Fé, sino tantas cuantas ella tiene argumentos claros de su verdad, que son innumerables?—Buena réplica por cierto; mas para responderla es menester que sepais que siempre que hacemos algun afecto de Fé, en él ván embebidos y juntos dos distintos actos: el uno es acto del entendimiento; eso es creer: el otro es acto de la voluntad; eso es querer creer, que es lo que llaman los Teólogos la pía afeccion de la voluntad: de modo que si ésta faltara, el entendimiento no creyera.

Ahora, pues: en cuanto al acto de creer, que es del entendimiento, su motivo único, su razon porque cree, no es ni debe ser otra, sino la verdad de Dios, que por ningun modo puede faltar. Mas en cuanto al acto de querer creer, los motivos que lo excitan, las razones que lo mueven, son todos esos innumerables argumentos y testimonios claros de la Fé. Estos son: lo primero, la santidad y la pureza de la Católica Religion que vemos que nos conduce á la amable hermosura de las virtudes, y que destierra y abomina toda la fealdad de los vicios. Lo segundo, la duracion permanente de nuestra Fé por tantos siglos, que no solo no han podido apagar sus luces tantos torbellinos de persecuciones de los hombres mas poderosos de la tierra; tantas heregias y tantos cismas, sino que antes bien, avivándose siempre su llama, ha durado tanto mas pura, cuanto mas combatida. Lo tercero, ver y considerar el modo con que se propagó esta nuestra Fé por todo el Universo, por la boca de unos hombres pobres, abatidos, sin letras, sin elocuencia, sin poder, sin armas; y que bastó en ellos la virtud y la verdad de Dios para sujetar, no una ciudad ó un Reino, sino todo un mundo. Lo cuarto, ver esta Doctrina Católica junta y hermanada con la pie-

dad de costumbres, con la santidad de vida de tantos y tan insignes varones, como en tantos Concilios, así Generales como Provinciales, averiguando á todo estudio las verdades de nuestra Fé, las han hallado siempre mas puras que los rayos del Sol, y las han confirmado mas firmes que los Cielos. Lo quinto, las Profecías y figuras de todas las divinas Escrituras, que las vemos puntualmente cumplidas, así en el Autor de nuestra Fé, como en los Misterios soberanos que nos enseñó. Lo sexto, los innumerables, estupendos y prodigiosos milagros con que por tantos siglos ha ido Dios confirmando, y cada día confirma, las verdades de nuestra Fé y el poder que en los Católicos se ha visto y se vé tantas veces sobre los elementos, sobre las enfermedades, sobre la muerte y sobre los demonios. Lo sétimo, la sangre de tantos millones de Mártires, que tan gustosos la han derramado con la vida entre tantos tormentos, por confesar y defender las verdades de nuestra Fé. Y dejando otros estupendos testimonios que ella tiene, podemos con mucha razon exclamar con David: (*Ps. 42.*) *Testimonia tua credibilia facta sunt nimis.* ¡Oh, Señor y Dios nuestro! que con una amable violencia, con una dulce fuerza nos llevas á creer tus verdades, la claridad, la abundancia excesiva con que nos la confirman tantos testimonios y tantos argumentos. Estos, pues, son los que mueven la voluntad á querer creer, y á que ella sujete luego el entendimiento á la verdad de Dios: *Captivans intellectum in obsequium Fidei.*

Mas todavía para llegar á todo el lleno de la Fé, queda otro escalon, y el mas esencial, que subir. Distinguen los Teólogos, con San Agustin y Santo Tomás, tres actos en la Fé, que han de concurrir

juntos para que la Fé sea Fé perfecta y meritoria de vida eterna. Hay, pues, en la Fé estos tres actos: creer á Dios, creer que hay Dios y creer en Dios: *Credere Deo, credere Deum, credere in Deum*, dice Santo Tomás. (*D. Th. 2. 2. q. art. 1.*) Y San Agustin: *Aliud est credere illi, aliud credere illum, aliud credere in illum.* (*S. Aug. t. 10. s. 181. de Temp.*) Creer á Dios, es creer lo que Dios nos dice; y creerlo porque Dios lo dice, esa es la razon de nuestra Fé. Creer que hay Dios, ese es el blanco de nuestra Fé, eso es lo que creemos y lo que llaman material; y si de aquí no pasamos, nada hemos echo, porque hasta allí los demonios hacen lo mismo. Los demonios creen que hay Dios, dice Santiago: *Et dæmones credunt.* Los demonios creen á Dios, dice San Agustin: (*tract. 26. in Joan.*) *Et dæmones credebant ei, et non credebant in eum.* Pues cristiano, cristiano, ¿en qué te distingues del demonio?—En que yo creo en Dios, me dirás, y dices muy bien, si es que dices verdad. ¿Qué es creer en Dios? Ya lo explica San Agustin: (*D. Aug. tit. 29.*) *Quid est ergo credere in eum? Credendo amare, credendo diligere, credendo in eum ire.* ¿Saben qué es creer en Dios? Creerlo con un amor tan fino, con una caridad tan verdadera, que todas nuestras obras, pensamientos y palabras todas, sean encaminadas y enderezadas á Dios. Creer en Dios, dice Santo Tomás, es no solo creer con el entendimiento sus verdades, sino con la voluntad abrazarlas, seguirlas con las obras, buscando á Dios como el único fin, donde solo pueden tener descanso las criaturas. Pues si esto es creer en Dios, dime ahora, ¿crees en Dios? Allá tu conciencia te lo responda.

¡Oh, Iguaciol! No fueras tú tan de fuego, si no

volara tan incesante hácia á Dios de tu ardiente Fé la abrasadora llama. Este santo solia afirmar, que si sintiera en su alma el menor impulso que no fuera encaminado á Dios, ó por Dios, se caería muerto derrepente. (Euseb. *in vit.*) Por eso no daba paso, no emprendía cosa, no respiraba, sino buscando en todo la mayor gloria de Dios. A este centro hermoso de sus ansias, á este fin inmenso de sus deseos, quisiera llevar tras sí á todo el mundo. *¡Oh mi Dios!* le solian oír decir en altas voces cuando estaba cuatro ó cinco codos elevado en éxtasis sobre la tierra: *¡Oh Dios, y si todos los hombres te conocieran!* Esas eran sus continuas ansias, dilatar con la Fé el conocimiento de Dios hasta los mas remotos y bárbaros gentiles. Pero he aquí, que siendo la Fé de San Ignacio tan prodigiosa y tan sublime, habiéndolo Dios escogido para defensor de su Fé contra los hereges; ¿por qué permitia su Magestad que en materia de su Fé padeciese tantas y tan terribles calumnias? Ya lo tienen por iluso, ya lo delatan por herege, ya le acusan por alumbrado. En Alcalá lo encarcelan, en Salamanca lo cargan de cadenas, en Roma lo traen por los Tribunales. ¿Por qué permitia Dios tanto padecer la Fé de Ignacio? Yo habia pensado siempre que esto fué para fabricar un gran Santo; pero ahora añado que era la Fé de Ignacio tan rara, tan sublime, tan prodigiosa, que no bastaban los hombres á explicarla; y así, por medio de esas persecuciones, tomó á su cargo pregonarle el Cielo.

Dáñle en Alcalá por libre de las calumnias que le habian levantado de que era herege: échanlo de la cárcel, mandándole que se vistiese el ordinario trage de estudiante; y como él era tan del todo pobre, hubo menester salir á pedirlo de limosna con

un buen sacerdote que lo llevaba: llegó con su demanda á un caballero, que entre otros se divertia jugando á la pelota, y respondiendo á la humilde peticion de Ignacio con mucho ceño, le afeó mucho á aquel sacerdote que á tales hombres amparase; y añadió: *Quemado muera yo si este no merece ser quemado*, aludiendo á que era herege.—Pues mire Vmd. no le suceda.—Aquel mismo dia llegó á Alcalá la nueva del nacimiento del Príncipe de España D. Felipe, que fué de este nombre el segundo. Y aquel caballero, para concurrir con todos al universal regocijo, habia hecho traer á su casa un barril de pólvora: andaba cerca de él disponiendo la fiesta, cuando saltando una chispa, voló la pólvora á aquel desventurado, envuelto entre sus llamas.—¿Qué es esto?—¿Qué ha de ser? declarar el Cielo la Fé de Ignacio; publicar el Cielo cuán lejos está de ser quemado como Hereje el que con las ardientes luces de su Fé ha de alumbrar al Orbe, ha de encender para Dios todo un mundo; ha de ilustrar de los mas bellos resplandores á la Iglesia; y ha de conducir al Cielo, con las luces de la Doctrina Cristiana, innumerables almas.

¡Oh, así sea, Santísimo Padre mio! Y pues con la Doctrina Cristiana dejasteis en la Iglesia una semilla divina para tanto bien de las almas, y para tanta reformation de costumbres; ¡oh, y poned en mi espíritu fervores con que yo parezca hijo vuestro, aunque indigno! Encended en mi corazon una centella siquiera de aquel celo con que vos excitabais este Santo Ministerio, para que logren las almas sus frutos, para que en las mejoradas costumbres se gocen sus provechos, y para que siendo todo á mayor gloria de Dios, que es todo

vuestro timbre, sea tambien para que las almas, aumentando los méritos, vayan acaudalando mayor gloria.

PLATICA XVII.

DE LA SEGUNDA VIRTUD TEOLOGAL, QUE ES LA ESPERANZA,
Y DE LOS BIENES QUE DEBEMOS ESPERAR.

—
A 10 de Agosto de 1696.
—

Si á mí me preguntaran, ¿cuál es aquello de que está el mundo lleno? Responderia yo que de esperanzas. Y si volvieran á preguntarme, ¿de qué está el mundo mas vacío? Volveria á responder que de esperanzas.—De modo que siendo las esperanzas las que tienen todo el mundo lleno, esas mismas son las que tienen vacío todo el mundo. ¿Cómo será esto?—Ea, que si lo están viendo, ¿para qué me lo preguntan? Nadie vive sin esperanzas, y nadie hay que de sus esperanzas no se queje. Empezan las esperanzas en el mas niño, y en el mas viejo aún no se acaban las esperanzas: el niño, todo, todo lo espera con la vida; y el viejo, cuando no le queda ya mas que esperar, aún espera vivir: el pobre espera que se mejore su fortuna, y el rico que se aumente su hacienda. Espera el estudioso la honra; el soldado el premio; el mercader la ganancia; el labrador la cosecha; el oficial la obra; el pretendiente el puesto. Todos en fin, todos esperan: el